

La iglesia románica del Vall d'Hebron...

1988

Publicado en: *Diari de Barcelona*, Barcelona, 10 de enero 1988.

Un rincón casi olvidado de Barcelona

Si por casualidad alguien quisiera hoy pasearse por la extensión —algo incierta para tantos barceloneses— que queda entre el paseo del Valle Hebrón y la Rabassada, se toparía con una agradable sorpresa. Y eso que éstas, para el resabiado habitante urbano, vienen escaseando cada vez más.

Póngase el caso que, sin querer, se cogiese el camino de Sant Genís desde el final de la avenida del Hospital Militar; o se hiciese desde el otro lado, desde Montbau; alternativamente, también se podría tomar una vía más directa, por la avenida del Jordán... Entonces, por encima de un cúmulo de calles que reúnen los nombres de los Santos Lugares (Nazareth, Judea, Samaria, Canaan, Tiro, Sidón, Tiberiades, Perea, Naím, Monte Tabor, Getsemaní, Emaús...) se hallaría ese inesperado paraje.

Ahí, detrás de los anónimos bloques de un barrio densificado de forma indiscriminada, como a punto de quedar devorado por una zona de ciudad-dormitorio, con la ciclópea Residencia Sanitaria del Valle Hebrón en primer plano, todavía se levanta un pequeño conjunto declarado de interés histórico-artístico.

Aparece así un rincón que ha conservado el sabor rural de años ya pasados hasta nuestros días. Y ahora, después de su reciente restauración parcial y a la espera de mejorar más su suerte —mientras busca los posibles mecenas, tan difíciles de hallar en la actualidad—, es cuando empieza a recuperarse del susto que le han producido los cambios sufridos en su milenario entorno. A ese nuevo barrio se ofrece como símbolo de identidad propia, donde enraizar su reciente llegada de la emigración en la tierra y la historia seculares.

El pétreo cuadro lo forman en primer lugar la iglesia de Sant Genís dels Agudells, cuya consagración data del 4 de julio del año 931. La realizó el obispo Teodorico de Barcelona, en tiempos del conde Sunyer. A su lado permanece la rectoría, el cementerio parroquial (único en Barcelona), la casa del sacristán-sepulturero, la escuela parroquial, y otras edificaciones adyacentes; Can Sanfont entre ellas, que es una masía cuyo origen se sitúa en el siglo XIII. Sin embargo, la historia del lugar se remonta más allá aún, cuando seguramente pasaba por la zona una antigua vía romana. Asimismo debía existir no muy lejos un puesto de correo imperial. Testigo del tiempo, queda un importante vestigio de la época, junto a la actual puerta de acceso: una gran piedra rectangular con el símbolo paleocristiano del pez. Son unos trazos toscos e ingenuos que hoy adquieren una plástica inquietante.

Para recordar algo de su historia es suficiente citar algunos datos. Por ejemplo, después de la fecha de su consagración aparece una escritura, del 23 de marzo del año 1028, en la que figura como una pequeña parroquia próxima a Barcelona, con ciertas propiedades. En 1359 constaba de 55 casas y tenía como filial a la iglesia de San Juan de Horta, que se independizó en el mismo siglo. La parroquia de Sant Genís fue agregada, por el papa Benedicto XXIII en 1396, al monasterio de San Jerónimo del Valle Hebrón. Este fue construido por la reina Violante de Aragón en 1393, para acoger a unos ermitaños que vivían retirados en la soledad de la montaña de Agudells. Aquella anexión se hizo a petición del prior, que trataba de disponer de los recursos necesarios para la terminación del monasterio y para sostener a los monjes.

Cierto obispo, el año 1417, dejó un testimonio de su visita al relatar que “*hi avia 5 religiosos, tres llecs, reliquies, vestidures sagrades, llibres de chor i literatura*”. Por entonces contaba

con una estructura de nave única, cubierta con bóveda de cañón, con un ábside semicircular y un campanario. Esa sobria fisonomía románica se fue enriqueciendo durante los siglos posteriores. Así, en 1671, se construyó una de las capillas laterales dedicadas al Sant Crist. Pero el 14 de julio de 1697 fue saqueada por las tropas francesas que invadieron Cataluña; se llevaron hasta las campanas. 26 años más tarde se terminó la capilla de San Isidoro, y cuatro después la del Santo Rosario. Esas obras quedaron realizadas con bóvedas falsas de arista. El cambio estructural más importante tuvo lugar en 1731, cuando se derribó el antiguo ábside románico y se realizó el actual presbiterio; es una de las transformaciones discutibles. En el mismo año se bendijo la iglesia reedificada y se estrenó también la sacristía, hecha entonces. De esa época debe ser también el coro. Este descansa sobre un arco rebajado, por encima de la primitiva entrada principal, y ha abierto grietas en la mampostería de la fachada, obligando a añadir un contrafuerte lateral que compense los empujes. El chapitel piramidal añadido al campanario románico de planta cuadrada —con tejas barnizadas en brillantes colores formando un damero de marrones claros y oscuros, con algún toque verde— y los apoyos de las nuevas campanas que tapiaban en parte los huecos, vinieron a completar las actuaciones que desvirtuaron la obra románica, antes comparable a los campanarios de Santa María de Malanyanes (Roca del Vallés), de Sant Andreu de Samalús, o de Santa María de Villalba Sasserra, con cresterías y gárgolas como las que debió tener también Sant Genís dels Agudells; ahora sólo quedan dos y dos agujeros simétricos en las fachadas este y oeste; probablemente son las huellas del lugar donde se alojaban aquellas gárgolas. A pesar de todo, así tomó un aire propio y característico. La torre ha sido saneada en la reciente restauración, al volver a abrir las antiguas ventanas románicas, y al reconstruir la tremendamente deteriorada cubierta, donde más de la mitad de las tejas estaban rotas. El canalón cerámico y los jarros ornamentales de las esquinas se hallaban también deshechos. Ahora, el campanario, con sus grandes aberturas, vuelve a lucir su porte elegante, rematado por una esfera nueva que juega con las figuras geométricas triangular y cuadrada de la veleta. Bajo ésta, una cruz de cuatro brazos señala también los cuatro puntos cardinales.

Retornando al hilo de la historia, en el año 1739, Sant Genís dels Agudells sufrió otra transformación: se tapió la antigua puerta frontal y se hizo la actual, en uno de los lados del templo con un arco adovelado de medio punto, dando un sentido a la pequeña plazuela que tiene delante, aunque ésta sólo posee un pavimento basto de asfalto y le faltan los aditamentos que la hagan atractiva. Más tarde, en 1770, la parroquia deja de depender del monasterio de San Jerónimo para pasar a la jurisdicción del obispo de Barcelona; y en 1867 pasa a ser por unos años de la parroquia de San Juan de Horta, su antigua sufragánea. Por último, en 1936, fue saqueada e incendiada, tanto la iglesia como la rectoría, destacando entre las pérdidas ornamentales una escultura de la Virgen, obra de Ramón Amadeu.

Por su parte, el cementerio tuvo vida propia hasta que fue regido por los frailes del convento, entre 1396 y 1770. En la actualidad es administrado por una Junta que actúa en nombre de la parroquia.

Pero las campanas de la vieja iglesia vuelven a tañer, y hacen exclamar a los vecinos que se sienten como en el pueblo. Aunque los alrededores han cambiado y distan mucho de los que no hace tanto tiempo se podían describir, cuando el medio era plenamente rural, con tan sólo algunas masías diseminadas, como Can Piteu, Can Figuerola, Can Besora, Can Termens... Esta última, renovada en 1830, resalta entre el caos especulativo del barrio por su gran galería porticada y su torre mirador. Adquiere entonces un aspecto señorial y distinguido. Muy cerca de ella sale una escalera mal cuidada y estrecha que lleva a la plazuela de la casa rectoral. Entonces se recibe la grata impresión de llegar desde algo sombrío y angosto a un lugar bañado por el sol. La plaza conserva su ciprés y un viejo olivo, mientras que las acacias han sido renovadas. Luce un pavimento recién colocado y dos jóvenes cipreses más; y entre la casita del sacristán y la rectoría se abre una amplia escalera, de ladrillo visto, que conduce al

reducido espacio que da entrada a la iglesia. Al fondo del mismo está la entrada del pequeño cementerio parroquial, que tiene la virtud de verse desde lejos como un jardín, flanqueado por una larga fila de cipreses.

Es una pena que los altos edificios de viviendas hayan estropeado el bello panorama que se contemplaba desde allí. A la vez consiguen que se pierda la imagen que hasta unos años atrás se divisaba desde la Rabassada: un pequeño grupo de casas presidido por la iglesia con su esbelta torre-campanario, y algunas casitas más esparcidas por las laderas circundantes. Y sin embargo, no le han arrebatado esa mágica atmósfera que la envuelve, alejada del trajín cotidiano. Se conserva la misma esencia que antes respiraban los barceloneses, que subían en gran número a pasar un día de campo los domingos; en Can Safont era fácil encontrar una buena merienda; estaba erigido casi como el centro social del pueblo, donde incluso los niños acudían en navidades a *fer cagar el Tió*.

Respecto a aquella masía, existen unos pintorescos comentarios del barón de Maldà a su primera visita, en 1796. Con el paso de los siglos esas palabras se hacen más curiosas e interesantes, y entre otras cosas dice: *“hem arribat poquet a poquet a descobrir lo campanar de la Parròquia de Sant Genís i a un gran caseron rònec per lo mig fumat casa esta de Rialp, a la que hem arribat amb ganas ja de seure per lo un poc cansadets los que anavem en lo caball de Sant Francesc, hem entrat a la entrada i eixint-nos allí a rebre lo amigo don Joseph Rialp amb casaca i ret negre, un verdader català tot ell, amant de les ciències, sens inflarsen gens, es dir molt natural en tot, enemic de tota currutaqueria, que en dia en lo mes jovent de la primera tonsura corra un xiquet massa. Llàstima cert en nostra nació catalana, per ser moda gavatxa...”*

Ahí quedan esos muros, agrupados con un tono humano y familiar, esperando manos amigas, alegrías domingueras y la integración de sus recién llegados vecinos, que aún miran con recelo lo que dejan a sus espaldas en su empeño por dirigirse hacia la ciudad. Superficies que se contraponen y complementan: la piedra vista de la iglesia, como un moteado de luz y sombra, y los revocos continuos de las edificaciones adyacentes. Pocos elementos, pero los suficientes como para transmitir sentimientos y emociones. Un rincón casi olvidado de Barcelona...